

Tráfico de drogas, violencia urbana y resistencia en las periferias de Cartagena de Indias

Álvarez, W. (2024). Tráfico de drogas, violencia urbana y resistencia en las periferias de Cartagena de Indias. *Revista Cultura y Droga*, 29(38), 138-168. <https://doi.org/10.17151/culdr.2024.29.38.7>

William Álvarez*

Recibido: 25 de octubre de 2023
Aprobado: 2 de abril de 2024

Resumen

Este artículo analiza las micro geopolíticas del terror en las periferias de Cartagena de Indias, explorando cómo la inseguridad, las adicciones y la criminalidad configuran dinámicas sociales complejas en un contexto de marginalidad urbana. Partiendo de un enfoque etnográfico, se examinan las tensiones entre las economías ilegales como el tráfico de drogas y las iniciativas de control comunitario lideradas por actores locales como La Cívica. En el texto se aborda, en primer lugar, el impacto del narcotráfico y las pandillas en el tejido social; en segundo lugar, las estrategias de vigilancia y resistencia comunitaria; y, finalmente, las implicaciones de la ausencia estatal en la configuración de estos territorios. Los hallazgos destacan la coexistencia de violencia estructural y resistencia social, subrayando la importancia de comprender las interacciones entre criminalidad y vida cotidiana en los márgenes urbanos.

Palabras clave: zona de guerra, etnografía, adicción, criminalidad, inseguridad.

* Etnógrafo urbano y Ph. D. en Sociología de la Universidad Federal de Sao Carlos/Brasil. Investigador Senior en Observatorio del Caribe Colombiano. Fundador de Bordes: Centro de Investigaciones sobre Violencias Urbanas y Criminalidades en el Caribe. Barranquilla, Colombia.

E-mail: williamlogia@gmail.com

 orcid.org/0000-0002-3716-4936 **Google Scholar**



Drug trafficking, urban violence, and resistance in the outskirts of Cartagena de Indias

Abstract

This article analyzes the micro-geopolitics of terror in the outskirts of Cartagena de Indias, exploring how insecurity, addictions, and criminality shape complex social dynamics in a context of urban marginality. Using an ethnographic approach, the study examines the tensions between illegal economies such as drug trafficking, and community control initiatives led by local actors such as La Cívica. In the first place the text addresses the impact of drug trafficking and gang conflicts on the social fabric, secondly, it delves the strategies of community surveillance and resistance, and finally, it evaluates the implications of the absence of the state in shaping these territories. The findings highlight the coexistence of structural violence and social resistance, underlying the importance of understanding the interactions between criminality and everyday life in the urban margins.

Key words: War zone, ethnography, addiction, criminality, insecurity.

1. Situarse en la periferia, uno más en el barrio

Durante mi observación participante en el barrio Olaya-Rafael Núñez¹, en las periferias de Cartagena (Colombia), pasé varias noches merodeando sus calles con un grupo de expandilleros, quienes habían conformado una organización de vigilancia llamada “La Cívica”, la cual emulaba la organización de una empresa privada de seguridad. Ellos se encargaban de prestar servicios de vigilancia para la comunidad a muy bajo costo, cobrando al final de cada semana. Este método de vigilancia ha dado muestras de utilidad, la percepción del riesgo ha disminuido para la población, aunque esto no incida en la reducción de daños de los participantes de La Cívica, ni en el descenso de los conflictos o amenazas provenientes de las pandillas en los sectores vecinos. En muchas ocasiones fui testigo de emboscadas, ataques con arma de fuego o persecuciones. Circular por las diversas calles que conforman los límites

¹ Rafael Núñez hace parte de uno de los 14 sectores que conforman la unidad comunera 5, mejor conocido como el barrio Olaya Herrera. Este barrio se sitúa territorialmente en la localidad 2 de la Virgen y Turística, siendo una de las locaciones más pobres, violentas y peligrosas de Cartagena.

de cada sector del barrio puede provocar manifestaciones de poder y de fuerza que aumentan las tensiones de modo planificado o espontáneo.

Para estudiar de cerca la vida cotidiana de las pandillas en las periferias, inicié un trabajo de campo en 2014 que finalizó en 2017². Para conocer el mundo de estos jóvenes, primero tuve que ingresar al barrio Olaya-Rafael Núñez por medio de un trabajo de voluntariado en una ONG situada en esa zona de la ciudad. Luego de tres meses, me adentré en lo más profundo del barrio, en donde conocí a un pastor evangélico reconocido por su trabajo comunitario, él me ayudó presentándome con algunos de los más reconocidos pandilleros y expandilleros del lugar, en donde desarrollé la totalidad de mi etnografía.

De modo intermitente me reunía con pandilleros, expandilleros, miembros de las juntas de acción comunal, o participaba en las actividades sociales que se presentaban en el barrio y la iglesia del pastor Martín. Cabe señalar que con los jóvenes dejé claro que me mantenía al margen de cualquier situación ilegal, no ética o de riesgo para mí. Durante el transcurso de un año estuve visitando regularmente el barrio, transcribiendo en mi diario de campo decenas de páginas sobre mis encuentros con los interlocutores, con quienes fui tejiendo lazos afectivos hasta el final de la inmersión en campo.

Me mudé al sector de Olaya- Rafael Núñez, en donde residí cerca de un mes. Una vez allí, logré acceder a una visión completa de la vida cotidiana de la comunidad y me convertí en miembro de La Cívica. Mi observación participante se mantuvo lejos de involucrarme en situaciones violentas; consentí con ellos merodear el barrio, aceptando el riesgo al que me exponía en caso de que aconteciera algún suceso que mereciera emplear sus armas de fuego.

Este artículo se basa íntegramente en una serie de entrevistas, testimonios y relatos de vida que recogen los hallazgos de un extenso trabajo de campo, desarrollado a lo largo de más de una década de investigación etnográfica que aún continúa en proceso. El texto se estructura en tres partes: una primera sección metodológica,

² Este documento hace parte de una serie de artículos que tienen como finalidad sintetizar los principales resultados de mi investigación doctoral, originalmente titulada "*Pandillas en la Periferia: Necropolítica, Cultura del Terror y Violencia en el Caribe Colombiano*". Este trabajo fue publicado bajo el título de "*Esto es el boro*". *Vidas en la periferia*, editado por el Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH). El libro ya se encuentra disponible al público. Enlace: "[Esto es el boro](#)". *Vidas en la periferia* | Fondo Editorial ICANH

que describe el enfoque de observación participante y las estrategias de registro utilizadas; una segunda parte analítica, en la que desarrollo el argumento central del artículo a partir del relato de experiencias en torno a la adicción, la criminalidad y la organización comunitaria; y una tercera sección narrativa, en la que recorro a un estilo híbrido -entre la primera persona y la tercera del plural- para reconstruir las escenas y voces que dan forma a esta etnografía. A través del uso del tiempo presente, busco no solo transmitir la vivencia directa de los hechos, sino también subrayar la implicación afectiva y política que supuso mi vínculo con las personas que conformaban La Cívica, colectivo que desempeñó un papel fundamental en la vida social del barrio aquí descrito.

Figura 1. *Miembro de La Cívica y el autor exhibiendo arma de dotación*



Fuente: elaboración propia

2. Cartagena... ¿Zona de guerra?

Más allá de la geopolítica de las drogas³ (Labrousse, 2011), ya ampliamente explorada en contextos como Colombia y el Caribe (Emmerich, 2015), este artículo se propone analizar las intersecciones entre el mercado de drogas a gran escala, la mediación del aparato estatal sobre el crimen y las dinámicas sociales de las comunidades urbanas en las periferias de Cartagena de Indias⁴. ¿Cómo se configuran y gestionan las microgeopolíticas del terror en estas áreas, y qué rol desempeñan las organizaciones comunitarias en este contexto? Estas preguntas guían una investigación que no solo explora los efectos del tráfico de drogas y los conflictos violentos entre pandillas, sino que también profundiza en las dinámicas de resistencia y control territorial.

En una primera medida, mi interés se centró en comprender la dinámica de los conflictos violentos entre pandillas, los cuales se vivieron con alta intensidad durante el periodo en que emprendí mi trabajo de campo. Posteriormente, reenfoqué mi atención en las microdinámicas conflictivas, el tráfico de drogas y su consumo en el barrio, aspectos fundamentales para explorar las microgeopolíticas del terror en este contexto. En este artículo se busca reflexionar sobre el impacto de estas dinámicas en el tejido social de las comunidades marginalizadas, analizando cómo las relaciones comunitarias y las percepciones de seguridad se ven alteradas por estas realidades. Además, me propongo describir cómo la ausencia del Estado contribuye a la consolidación de estructuras de poder alternas en las periferias urbanas y a analizar las estrategias de resistencia comunitaria, evaluando su efectividad frente a las dinámicas de criminalidad. Finalmente, desde una perspectiva etnográfica, en este artículo se busca proponer una comprensión situada de las microgeopolíticas del terror, con un énfasis particular en el Caribe colombiano.

La cultura del terror, tal y como la describe Michael Taussig en su famoso trabajo sobre la masacre indígena que aconteció en la frontera amazónica colombo-peruana,

³ Las geopolíticas criminales suelen interpretarse desde una mirada macroestructural, es decir, “desde arriba”, centrada en los conflictos de poder por el control territorial, los recursos estratégicos y las poblaciones. Sin embargo, este enfoque, aunque necesario, resulta incompleto si no se articula con una perspectiva situada “desde abajo” que permita comprender cómo esas disputas inciden en la vida cotidiana de las comunidades que habitan esos territorios. En este artículo me interesa enfatizar los efectos psicosociales que configuran estas formas de dominio criminal, no solo por los daños colaterales que provocan sobre el tejido comunitario, sino también por las transformaciones culturales que generan. En muchos casos, dichas dinámicas normalizan la violencia, la criminalidad y la corrupción como horizontes posibles e incluso legítimos para las nuevas generaciones.

⁴ Una ciudad con un componente poblacional mayoritariamente afrocaribeño. (ver anexo).

en el siglo XIX, hace referencia a lugares donde predominan también los espacios del terror (Taussig, 2012); la paranoia, la locura, los abusos, los crímenes, los brutales asesinatos, hechos que sucedieron y se mantienen pese a los años en la memoria colectiva de esa población. Esta memoria se localiza en lugares que continúan reproduciendo imaginarios, fantasmagorías sobre algo que sucedió y puede repetirse otra vez. Durante mi permanencia en las periferias de Cartagena, la percepción del riesgo y la inseguridad que representaba este espacio para sus habitantes se corroboraba con hechos concretos⁵. Para Teresa Caldeira la violencia urbana produce discursos de miedo (Caldeira, 2009), narrativas que desarrollan y movilizan formas de resistencia para hacer frente a los riesgos que componen la inseguridad urbana, especialmente cuando se tratan de hechos situados socioespacialmente en un lugar determinado de la ciudad, pero que tienden a expandirse hacia otros territorios.

Tomando como ejemplo la ciudad de Sao Paulo, Brasil, esta antropóloga analiza la fragmentación urbana y arquitectónica de esta ciudad, debido al incremento del crimen, para blindarse del terror que avanza de las periferias urbanas hacia los pacíficos suburbios o barrios residenciales que representaban el confort de la clase media brasileña. Allí se incrementa la construcción de muros, cambiando una ciudad abierta hacia el avance de urbanizaciones cerradas. La ciudad de muros de Caldeira se acopla a la realidad de Cartagena, con la diferencia de que no son los muros artificiales sino las murallas de piedra de la ciudad lo que moviliza las prioridades en políticas de seguridad. En el caso de Cartagena estas deben ajustarse a las demandas de la industria del turismo global, atendiendo puntualmente los espacios urbanos que requieren de mayor seguridad.

Sin embargo, lo que se encumbra detrás de esta política de seguridad es la defensa de una economía política rediseñada por el sector privado y promovida por una política de estado enfocada en convertir a la ciudad en un centro turístico internacional. Como consecuencia de esta extrema focalización de la seguridad, el resto de la ciudad recibe la misma atención, por lo tanto ¿de qué forma esta política de seguridad se aplica en los sectores no turísticos de la ciudad? Después de meses de trabajo de campo en las periferias de Cartagena puedo asegurar que los esfuerzos en materia de

⁵ En el año 2014 se presentaron 294 homicidios. Para el año 2015 la cifra disminuyó a 273. En 2016 siguió en descenso, situándose en 238, para luego ascender en 2017 a 252. Desde el año 2008 al 2017 se han presentado 1672 homicidios, el 68,5 % del total de estos homicidios han ocurrido en espacios públicos. Los hombres entre los 15 y 34 años son las principales víctimas. Véase: <https://cartagenacomovamos.org/wp-content/uploads/2018/08/Informe-Calidad-de-Vida-2017-Seguridad.pdf>

gestión de la violencia y el crimen son insuficientes, incluso, tienden a promover o incrementar la dinámica criminal.

Diversos historiadores locales han señalado que el auge del turismo internacional en la década de los setenta intensificó los procesos de segregación social y espacial en Cartagena (Deavila, 2008; 2015). A esto se suma una forma de segregación étnico-racial, mediante la cual la población afrocolombiana ha sido progresivamente relegada no solo a las márgenes urbanas de la ciudad, sino también a los márgenes de las políticas de desarrollo socioeconómico y de seguridad. Este fenómeno ha contribuido a la consolidación de espacios excluidos, similares a lo que algunos sociólogos han conceptualizado como “zonas grises”, donde las fronteras entre legalidad e ilegalidad se difuminan (Auyero, 2007). Esta definición del espacio se transforma en lo que los habitantes del barrio definen como zonas de guerra, perfecta descripción de un territorio desmantelado por los robos del inmobiliario público y plagado de desechos materiales, piedras que muestran las innumerables batallas que libran las pandillas que se enfrentan para defender sus territorios, en los cuales se encubren dinámicas relacionadas al tráfico, al consumo de drogas duras, la corrupción policial o el modus operandi de organizaciones ilegales que redefinen la intensidad de los conflictos y la economía ilegal en las periferias de Cartagena. Estas zonas de guerra abren caminos a territorios de excepción en los cuales las formas de ejercer poder se inscriben en lo que Achille Mbembe denomina necropolítica (Mbembe, 2011), es decir, se trata de una gestión de la violencia y la muerte liderada por organizaciones privadas o paralegales, encargadas de redefinir el ethos del vivir o morir. Para analizar lo que sucede en esta zona de guerra es importante resumir su nacimiento socioespacial.

2.1. Del progreso de las márgenes urbanas y su declive espacial

En el año 2006 fue inaugurada la llamada vía Perimetral⁶, que acortaba la distancia entre el aeropuerto, Rafael Núñez y la villa Olímpica, ubicada en el sur de la ciudad. Su ruta atravesaba por completo este barrio y otros barrios pobres que bordean una gran ciénaga. El proyecto tenía como objetivo embellecer urbanísticamente los límites territoriales de estos barrios y, al mismo tiempo, detener su ampliación sobre el agua, además de ofrecer a la comunidad nuevos espacios recreativos.

⁶ Ver anexos.

La intervención urbana de esta obra mejoró la calidad de vida de Olaya-Rafael Núñez porque se pavimentaron calles principales. Recuerdo haber caminado por los senderos peatonales de sus parques a orillas del agua, contemplando el horizonte profundo de la ciénaga cuando recién fue inaugurada esta obra. Desafortunadamente, con el paso del tiempo, el vandalismo la degradó al punto de transformarla en ruinas. Eran cerca de las 12:30 a. m. cuando llegamos al parque, el silencio, la oscuridad y la noche me produjeron ansiedad. Me sentí angustiado mientras caminaba junto a ellos. Jeison se detuvo un momento:

Jeison: —señalando a lo alto y ancho del parque— ¿Ves toda esa destrucción? Eso lo hizo un man que ya murió; él quitó toda la luz. Luego los de allá — señalando el sector vecino— hicieron lo mismo con su pedazo. Así fue que en todo el barrio se robaron las lámparas y hasta los adoquines del piso; somos unos malditos animales, como dicen por ahí.

William: Pero no entiendo, ¿ese man cómo lo hacía, cortaba los cables, se robaba las bombillas?

Jeison: Algunas bombillas se robaba y con piedras o caucheras también los rompía. Son ese tipo de manes que a lo último están atrapados por el bazuco y hacen todas esas locuras. Robar esas lámparas, los cables, todo para después fumar esa mierda de droga.

William: ¿Toda esta destrucción solo para drogarse?

Jeison: También hay otra droga, la llamada... —trata de recordar—.

William: ¿El patra?

Jeison: ¡Esa misma!, el patra, ¿ya me entiende? Entonces, eso son manes... tú sabes que ese vicio es como pa una persona que en verdad tenga billete.

William: Creo que sí, según entiendo es una droga bastante adictiva.

Jeison: Pero, pa uno que es pobre, el que se mete en eso se vuelve gamín y queda en la nada. (Comunicación personal, 2014)

El alto nivel de degradación urbana que se observa en ese espacio no puede interpretarse simplemente como el resultado de un largo proceso de delincuencia o

vandalismo, sino de degradación simbiótica que se construye en estrecha relación con la pauperización extrema que un segmento de la población, y en especial ciertos individuos en condición de calle, aprovechan como instrumento de supervivencia. La apropiación del mobiliario urbano refleja las vías de hecho mediante las cuales la economía de subsistencia se moviliza, con base en recursos o elementos materiales, en un principio destinados para una función, pero luego resignificados en beneficio particular. Robarse los adoquines para venderlos o usarlos en sus propias casas como suelo es un ejemplo de esta economía de subsistencia que he podido observar aquí. Lo mismo sucede con el cableado eléctrico y cualquier objeto de construcción que tenga un mínimo valor de uso o cambio. Entre más marginal sea una población, la degradación urbana se intensifica.

Dejamos atrás ese lugar y continuamos el recorrido hacia la calle que bordea el sector con el vecino llamado Tancón. Una vez más Jeison empuñó su arma para asegurarse de tenerla en caso de emergencia. Le pedí que me la dejara ver para tomarle una foto, pero él se negó. Me dijo que no quería meterse en problemas. No entendí a qué clase de problemas se refería porque yo no veía a nadie en la calle, pero Jeison no lo creía así. Me dijo que seguramente nos estaban observando desde el otro lado del canal:

Jeison: Cálmate, William, más tarde te la muestro. Sabes muy bien que yo me presto para lo que sea, sino que, como te he dicho, tú sabes que esto trae problemas. Es una vaina que no la puedo estar portando y mostrando así como así a todo mundo.

Walter: ¡Hey, ahí están, Jeison! —señalando con la mano derecha la profunda oscuridad del otro lado de la calle—.

Jeison: ¿¡Quién!?

Walter: Los del Tancón.

Jeison: Ellos con nosotros no se meten porque saben que aquí está el freno —empuña el revolver—. Viejo William —sonriendo—, yo vivo de la adrenalina.

William: Sí, es que esta aquí parece una zona de guerra.

Jeison: En mi historia personal hubo muchos enfrentamientos por tratar de que el barrio cambiara porque estábamos perdiéndolo totalmente. Ya la gente tenía miedo, se dormían más temprano, luego nadie quería salir, ¿me entiendes?

William: Imagino la situación, debe ser duro.

Jeison: La gente que tenía que trabajar a las cuatro de la mañana luego ya no trabajaba a esa hora, sino que tenía que salir a las seis de la mañana de aquí porque tenían temor a irse en la madrugada.

William: Claro, pero yo he visto que en las noches todavía hay gente en las calles.

Jeison: La hay hasta cierta hora, pero ¿con qué seguridad? Por ejemplo, supongamos allí en esa esquina hay dos pelaos y del otro lado hay otro con un celular. Posiblemente llegan ellos y los atracan. (Comunicación personal, 2014)

En este punto de mi etnografía no sé si considerarme afortunado por haber llegado al sector en un periodo en el que la mayoría de las personas a quienes conocí, durante mi primera semana, lo describían como zona de guerra. Varios vecinos me relataron su deseo de irse. Muchos otros ya se habían ido huyendo por el miedo, por el terror que les producía la brutal e inesperada violencia que se presentaba por las noches. Esto sucedía antes de que La Cívica existiera. Sorprendentemente, la mayoría de las personas a quienes conocí habían sido víctimas o conocían historias de familiares o amigos que habían sido atracados o robados, sufrido intentos de homicidio o alguna agresión durante la noche. No obstante, mi experiencia en la noche, desde mi participación observante, no me mostraba peligros como los descritos años atrás. Aquellas personas que llegaban tarde o salían temprano para sus trabajos, por medio de La Cívica, recobraron la confianza para volver a hacer uso de la calle. Sin embargo, como dice Jeison, “esa sensación cuando ves que no pasa nada es lo más peligroso” (Comunicación personal, 2015). Con La Cívica o sin ella, el peligro parece que nunca deja de estar presente:

Jeison: —señalando la calle y muy serio— hace una noche hubo un atraco aquí en esta casa.

William: De verdad... pero ¿cómo?

Jeison: Sí, se metieron justo ahí —señalando con insistencia la casa—, buscamos a los bandidos y dimos con ellos.

William: ¿Y qué hicieron con ellos?

Jeison: Se llevaron un celular, amordazaron a la mamá de él —señalando a Walter—, hicimos seguimiento a esos manes y los manes resulta que eran del otro lado —señala al sur—.

William: ¡Qué! ¿fue en tú casa Walter?

Jeison: Partieron la ventana...

Walter: Partieron la ventana y se metieron y cogieron a mi mamá por la espalda y el cuello.

Jeison: Cogieron a todo el mundo tratando mal y todo eso.

William: Y, tú Walter, ¿no estabas por ahí cuando sucedió eso?

Walter: ¡Sí! Yo estaba adentro durmiendo.

William: ¿Qué hiciste cuando despertaste, ¿qué sucedió?

Walter: Yo cuando me levanté los vi que se iban para allá atrás —señala el patio de la casa—.

William: ¿Los conoces?

Walter: Sí, yo los conozco. Uno de ellos se llama Samir, es de La Arrocería (sector vecino).

Jeison: Por parte de la afectada no hubo denuncia, pero luego supimos quiénes fueron.

William: Y... ¿los ajusticiaron o no?

Walter: Al Samir yo no sé qué le pasó... no lo volví a ver. Parece que desapareció.

Jeison: No, no se pudo porque, como te digo, si no hay interés de la parte afectada no se puede hacer nada. Entonces quedaría muy mal con los mismos policías, por...

William: Claro, ustedes no pueden hacer eso, no pueden...

Jeison: Tomar la ley de nuestra mano, aunque nos gustaría. (Comunicación personal, 2015)

El escenario de violencia es tan profundo y complejo que es poco probable que la autoridad pública pueda intervenir efectivamente en cada petición de intervención policial. La facilidad que tienen los jóvenes de moverse entre callejones y patios de las casas dificulta cualquier tipo de intervención, más aún cuando es de noche y dentro de un territorio semejante al tejido interconectado de membranas se permite la circulación fluida de personas, característica urbana que comparten gran parte de los barrios marginales latinoamericanos. Con frecuencia observé que la policía interviene solo después de haberse presentado el hecho, especialmente en casos de fuertes enfrentamientos entre pandillas, intentos de homicidios, homicidios o levantamiento de cadáveres.

Esta demora puede leerse como una política planificada de exterminio contra los jóvenes de la periferia. Según Javier Auyero (2013), hacer esperar a los pobres es una manera de ejercer poder, control y violencia por parte del Estado contra las poblaciones desposeídas, sean estas migrantes, familias subsidiadas, comunidades étnicas o cualquier clase de organización civil. En sus términos, las demandas de la población sobre la presencia de policías los convierte, literalmente, en pacientes del Estado. Esperar con paciencia la intervención o la llegada tardía o efectiva —según sea el caso— de la policía, agudiza la angustia, la incertidumbre o el pesimismo de la población respecto a la utilidad y facultades de las instituciones públicas. La situación es comparable con la de un paciente que espera ser atendido en un hospital para resolver sus padecimientos y la deficiencia en la atención puede llegar a ser peor que la enfermedad; en contraposición, esto le permite a la población explorar otros horizontes de acción que la aleje de los cuidados intensivos en los que, consecuentemente, la tiene sumergida el despliegue instrumental de la necropolítica.

El *modus operandi* de los bandidos o pandillas se puede describir como una estrategia de entrada y salida planificada, y, en caso de ser necesario, letal. Por esta razón, la presencia de La Cívica en las calles ocupa el vacío físico, el monopolio de la violencia legítima y simbólica que debería representar la institución policial, y curiosamente ofrece mayores garantías de seguridad porque la presencia/no-presencia de la policía produce el efecto contrario: genera terror, sospecha y decepción, en comparación con los modestos alcances operativos de los miembros de La Cívica. Esto se debe tal vez al arraigo socioespacial, lo cual los convierte en partícipes y no intrusos que circulan constantemente por el barrio. “Tomar la ley de nuestra mano”, como dice Jeison, resuelve a corto plazo la percepción de inseguridad, pero al mismo tiempo crea otra serie de problemas que afectan principalmente la vida de sus integrantes. “Vamos al borde del canal de agua, William”, me dice Jeison. Lo sigo y nuestro diálogo continua de la siguiente manera:

William: ¡Pana!, lo que no me queda claro es si la policía deja que ustedes tomen la ley por sus manos.

Jeison: Hay veces que la policía no nos da la facultad de tener el control de las cosas, ¿sí me entiendes?

William: Prefiero que me expliques.

Jeison: A lo que me refiero... quiero decir, el trabajo de nosotros consiste en algo así como neutralizar a los bandidos.

William: Ahora sí entiendo.

Jeison: En un caso extremo, posiblemente podemos tener un arma por ahí guardada. Se puede utilizar al ver que no haya el peligro de afectar la comunidad, entonces sí la utilizamos. Algunas veces, tiempo atrás, cuando estábamos recién metidos en La Cívica, tuvimos enfrentamiento con esos manes (del Tancón) hasta por estas calles de aquí, pero como las casas están patio con patio, esa gente siempre nos salía por aquí o por allá, era difícil, pero en fin... logramos siempre acabar un poco la robadera de ellos porque siempre venían de una manera no recreativa, sino con la intención de venir a robar acá. A partir las puertas a medianoche, sacar televisores, lavadora, licuadora, cualquier cosa que se pudieran llevar. Todo eso afectaba a la comunidad.

William: Muy duro eso. Imagino lo difícil que significa cuidar cada frontera de Olaya-Rafael Núñez.

Jeison: Es muy difícil. Nosotros siempre vamos prevenidos por si de pronto tenemos una sorpresa, pero, como ya te dije, si la policía nos dejara trabajar por una vía legal, el que nosotros estuviéramos legales, con personería jurídica, ya no existieran bandidos aquí. Con estas cosas ya nosotros de pronto tendríamos armas, ya nos hubiéramos distribuido mejor, dos personas por este callejón y dos de aquel otro lado, ¿sí me entiende?

William: Entiendo muy bien tu posición. Y no me sorprende que por esa razón tengan enemigos. ¿Alguno de ustedes ha sido agredido?

Jeison: Hubo un compañero... fue herido en la tienda de la esquina. Hicieron tres tiros y uno le entró en la nalga.

William: ¿Fue una emboscada?

Jeison: ¡No! El man pasó y luego vio a los cívicos y le echó plomo como para intimidarnos. Entonces nosotros comenzamos a tomar medida cuando ellos hicieron eso. Esperamos hasta la noche del día siguiente y fuimos allá a hacer el trabajo de nosotros, a hacernos respetar. Ya nos faltaron a nosotros, ahora vamos a faltarles a ellos

William: ¿Encontraron a quien hizo el disparo?

Jeison: Claro que lo encontramos. Ese man demoró como dos o tres meses sin venir por acá.

William: Por lo que veo, le dieron un gran susto.

—Jeison se detiene, mira a su derecha, señala un lugar y continúa hablando—.

Jeison: Esto es uno de esos callejones que como puedes ver tiene conexiones, como especie de embudo, de un embudo que se conecta con la calle principal de nuestro sector.

William: La conozco, es la calle del fondo.

Jeison: Exacto, la calle pavimentada. De ahí es que siempre se forman las peleas que tienen los tanconeros con nosotros. Ellos por aquí es que se meten a robar, a todo el que pase lo atracan. A veces apuñalan sin importar quién sea la víctima; no les importa si son niños o si no llevas dinero; se van a la violencia de cualquier manera. (Comunicación personal, 2015)

“Tomar la ley de nuestra mano”, decisión que, además de representar el efecto colateral de la precaria presencia de la policía en el barrio, también impulsó una serie de acciones violentas cuyo contenido represivo y punitivo, a corto, mediano y largo plazo, mejoró y proveyó a la comunidad de un tipo de seguridad paralegítima que, aunque a veces tenga excesos de brutalidad, ha ayudado a reducir el porcentaje de acciones criminales anteriormente mencionadas por Jeison: apuñalamiento a niños y adultos, atracos, intercambio de tiros, intentos de homicidio o robos perpetuados con extrema crueldad. En teoría, la policía debería prevenir todo ese tipo de acciones, pero sus alcances territoriales y estrategia operativa son incipientes en contraste con los de La Cívica.

La operación represiva, punitiva y preventiva de La Cívica, en un marco normativo, resulta ilegal. La policía no lo desconoce, pero, dependiendo de las circunstancias y de sus intereses, le permiten a la organización cierto margen de acción fuera de ese marco de legalidad restrictiva, y hacen caso omiso de sus excesos de violencia cuando sufren retaliaciones o ajustes de cuentas en su contra por parte de otros bandidos. Si bien Jeison menciona que “el trabajo de nosotros es como neutralizar al bandido”, en la práctica ellos hacen uso excesivo de fuerza; negarse a esto contradice la razón de su origen, aunque vaya en contra del respeto por la vida. Su nacimiento se halla en el acople de los acuerdos paralegales y simbólicos derivados de la frágil efectividad policial, a lo que se suman políticas deficientes en seguridad local, demandas comunitarias y la puesta en marcha de alternativas de gestión del crimen y la violencia que emergen desde dentro de los territorios de relegación urbana, pero que deben transitar por el filtro racional/legal del Estado. Esto representa un positivo balance que, de ser redireccionado conjuntamente con los campos mencionados y su filtro normativo, sería todo un éxito. Mientras tanto, su efectividad al arrinconar el terror durante las noches ya hace una gran diferencia.

En el día es mucho más previsible y seguro moverse por el barrio. Debido a la circulación de personas y vehículos, no se necesita estar en extrema alerta ni portar armas para sentirse seguro, como lo hace Jeison durante la noche. Dice él:

“Nosotros siempre vamos así —señalando el arma—, por si de pronto una sorpresa” (Comunicación personal, 2015). Sin un arma yo jamás hubiera salido con Jeison a vigilar Olaya-Rafael Núñez. Los bandidos se mueven con mayor libertad durante la noche; es fácil huir, evadir, perderse de la policía por medio de los patios o la oscuridad de sus callejones.

Jeison quiere que La Cívica sea reconocida legalmente por las instituciones públicas y jurídicas de la ciudad: “Con esta cosa (legalidad jurídica) ya nosotros tendríamos armas, ya nos hubiéramos organizado diferente, de a dos personas, dos por este callejón y dos de aquel lado” (Comunicación personal, 2015), sugiere él, imaginando una estructura organizativa de mayor La ausencia de un mayor repertorio de armas para ejercer dominio sobre el territorio no les impide redireccionar su lógica de guerra; al contrario, expone en doble vía la forma en que el espacio y las condiciones socioeconómicas de esta población logran fraguar dinámicas de conflicto excepcionales en las que prevalecen claros intereses de poder y dominación. Lo anterior porque, en las periferias urbanas, los marcadores de adscripción identitaria se alimentan del recio estigma sobre otredades amenazantes. Valenzuela (2018) afirma que la “violencia barrial, que se define a partir de la adscripción en identidades límite, donde el sentido de pertenencia implica defender a los miembros del grupo, la clica o la pandilla” (p. 61).

La violencia barrial o pandilleril como violencia que confronta a los propios jóvenes a conflictos y violencia autodestructiva, así como a la criminalización externa e institucional que identifica a las identidades juveniles pobres asentadas en los barrios como formas delincuenciales donde el hecho mismo de ser joven y pobre de las favelas, callampas, comunas, villas miseria, ciudades perdidas o barrios populares, les convierte en delincuente y les expone a la violencia simbólica, como violencia naturalizada por el orden de las cosas (Bourdieu y Wacquant 2005. lo cual deviene violencia discriminatoria. Esta violencia se asienta en ordenamientos donde prevalecen los prejuicios, estereotipos, estigmas y racismo. (Valenzuela, 2018, p. 60)

Si bien portar armas los ayuda a crear una convincente percepción de seguridad cuando vigilan el territorio, no les evita sufrir ataques. Como narró Jeison: “Allá adelante en la tienda aquella, hicieron tres tiros (a Walter) y uno le entró en la nalga” (Comunicación personal, año 2015). Estas “intimidaciones” reflejan los efectos colaterales del exceso del uso de fuerza al que se ven expuestos ellos por parte de los jóvenes, bandidos o pandillas a quienes han agredido en el pasado. La Cívica,

los bandidos y las pandillas justifican estos ajustes de cuentas al haber sido heridos e irrespetados en su orgullo. Después del ataque a Walter, la respuesta de La Cívica fue: “Esperamos hasta la noche del día siguiente y fuimos allá a hacer el trabajo de nosotros, a hacernos respetar. Ya nos faltaron a nosotros, ahora vamos a faltarles a ellos” (Comunicación personal, 2015).

Figura 2. *Cocaína y trabajo*



Fuente: elaboración propia

En contraste con una dimensión macro, que busca implementar instrumentos de gestión contra o sobre las diversas formas de violencia urbana, del crimen y del uso de drogas, hay una visión localizada que sitúa los efectos de dichas políticas en un territorio, y es ahí donde podemos observar la fragilidad de sus encadenamientos, interfaces fallidas entre los agentes y organismos institucionales que en teoría deberían interceder en los conflictos que se presentan en locaciones donde hay altas tasas de violencia o criminalidad, pero las dinámicas territoriales manifiestan configuraciones diferenciadas en la forma en que se presentan hechos que ameriten

la intervención policial o estatal, porque la gestión sobre estos hechos se basa en macropolíticas de seguridad que desestiman el alcance de las microgeopolíticas de terror que la violencia urbana produce en comunidades localizadas, por ejemplo, en las periferias de Cartagena.

3. “La hora de los lobos”. Adicción al basuco, precariedad y recursividad en la periferia

Existen otras series de elementos que movilizan la economía ilegal en las periferias. Los bandidos y sus ataques contra la comunidad no son los únicos problemas del barrio. Cientos de medidores de electricidad, agua o gas han sido robados por los habitantes de calle, la mayoría de estos adictos al basuco o patra⁷, y esto es un aspecto importante a resaltar debido a lo que representa —como factor movilizador de las tensiones— que el mercado y el consumo de drogas duras logre incidir en la gestión de la seguridad comunitaria. Continuando con el hilo conductor del anterior capítulo, retomo los hechos más notables de mi observación participante junto a Jeison, Walter y “El Sobrino”:

Jeison: —señalando la casa afectada—, aquí hace unos días se robaron también un medidor de gas.

Walter: —señalando la casa para mí— ¡aquí mismo!

Jeison: Aquí en esta otra casa tuvimos un inconveniente. Se robaron un transformador de luz. Son los mismos bandidos, como te he dicho. Hay un problema de drogadicción, que todo eso es lo que lleva a esos tipos a tratar de robarse cualquier cosita: un foco, un contador, un cable de luz.

William: ¿Pero esa gente es adicta a qué tipo de droga?

Jeison: Principalmente al basuco o ese que llaman patra.

William: ¿Patra?

⁷ El basuco (basura sucia de coca) es una sustancia psicoactiva compuesta principalmente por la extracción de alcaloides de la hoja de coca, que no llegan a ser procesados hasta convertirse en clorhidrato de cocaína, también conocido como pasta base de cocaína.

Jeison: Esa es una de las drogas más fuertes que hay por acá. Aquí no hay nadie consumiendo, por ejemplo, *popper* (drogas sintéticas) o algo así... sino lo que son las pastas (pastillas) y esa droga (patra).

William: En la noche no he visto que la fumen, pero durante el día sí he visto a bastante habitante de calle con las pipas.

Jeison: Sí, sí hay. En la noche es donde la calle se llena de vampiros o lobos, como decimos aquí. Esta hora es la hora de los lobos, ahorita empiezan a transitar, ¿sí me entiende?... Esta misma calle, esta misma calle nos sirve de evidencia para que usted los vea ahorita. Más tarde empieza el pase que pase porque tú sabes que ellos de día duermen y de noche salen a delinquir porque ellos también roban. (Comunicación personal, 2015)

Apenas dos minutos después de que Jeison se hubiera referido a los *lobos*, nos encontramos a uno que iba en dirección hacia el fondo de la calle, a una casa reconocida por ser el centro de operaciones de los bandidos más temidos del sector vecino. Ni siquiera los integrantes de La Cívica podían acercarse a ese lugar. A mediados de enero de 2016, el líder de una peligrosa banda de sicarios, conocido como “El Baba”, un temido homicida, absuelto jurídicamente en varias ocasiones, expresidiario, con varias investigaciones en su contra, condenado a detención domiciliaria y con culebras en toda la ciudad, fue asesinado a escasos metros del puente frontera. Algunos meses después fueron asesinados enfrente de su casa otros integrantes de su banda criminal a manos de la policía —habían sido responsables del asesinato de tres policías—. Jeison tenía razones de sobra para no llevarme a esa zona y mucho menos para dejarme ir solo.

Resultó que Jeison conocía a ese lobo —habitante de calle—, de modo que nos acercamos a él, pero no fue fácil conversar. Temblaba, se contorsionaba al hablar, como si sufriera la enfermedad de Parkinson. Su ropa estaba sucia y rasgada, y olía a basura:

Jeison: Hey, sobri, ¿cómo está todo por ahí?

Sobrino: Acá relajándome.

Jeison: El hombre aquí está haciendo una observación del barrio.

William: Mucho gusto, ¿vives acá también?

Sobrino: Sí.

Jeison: Él vive acá en el sector. Él tiene su problema de drogadicción, pero el hombre anda al día con el cerebro de él, tranquilo.

Sobrino: Ajá, así es.

Jeison: Con ganas de salir adelante, pero él necesita una ayuda, ¿para dónde vas ahora, sobrino?

Sobrino: Yo ando por aquí, jodiendo la vida por aquí.

William: ¿Y el patrica (patra) cómo está?

Sobrino: El patrica, no sé. Yo ahora mismo estoy relajado, me fumé fue un bareto (cigarrillo de marihuana) ahora mismo; estoy bacano.

Jeison: No sobri, hánbanos del patra.

Sobrino: —temblando y tartamudeando—, entre uno más consume, más y más quiere fumar, ¿me entiende?

William: ¿Y lo fumas mucho?

Sobrino: ¿Para qué le digo mentiras?

William: ¿Al día cuánto fumas?

Sobrino: Me fumo hasta veinte (dosis) de eso.

William: ¿Y cuánto es eso en plata?

Sobrino: Como \$ 60 000.

William: ¿\$ 60 000?, ¿¡todos los días!?

Sobrino: Todos los días, cuando tengo.

Jeison: ¡\$ 1 800 000 mensual!

William: ¿Y cómo te rebuscas para comprar, para tener esa cantidad de dinero diario?

Sobrino: Como sea, por ahí rebuscándome, reciclando. Llevo leña allá a La Bollera (restaurante con cocina de carbón). Como sea, por ahí haciendo marañas (oficios varios), como sea.

William: Imagino que sales a fumar también por cualquier lugar.

Sobrino: Ahora no, voy es para allá —señala otra calle—, que tengo es la garra (hambre). Voy es para donde está el pescado.

Jeison: El hombre vive en esta. Él ahorita tú lo ves empeliculado (exaltado), normalmente así es él, viene empeliculado. Pero el man es de aquí y él no se mete con nadie. Cuando él te dice que se consigue la plata como sea es porque el man recicla.

William: Entiendo.

Jeison: ¿Ya me entiende? Cualquier cosa hace; recoge botellitas de plástico, que una cosa, que la otra, carga con un saco para que le den desechos. Él tiene su manera de rebuscarse.

William: Claro, claro. Legalmente, ¿no?

Jeison: Legalmente no lo sé.

Sobrino: Yo ando es relajado.

Jeison: Pero si él anda en otros caminos, se lo guarda en secreto.

(Comunicación personal, 2015)

Más tarde, esa misma noche, nos encontramos con otros dos lobos que merodeaban el sector. Ellos nos pidieron dinero para comprar comida. Jeison me advirtió que no lo hiciera, porque no eran de su confianza. Tenían reputación de ser bandidos agresivos que robaban locales comerciales y a las personas que salían temprano hacia sus empleos en la ciudad. Uno de esos lobos, hombre delgado, afrocaribeño y con edad promedio de 40 a 45 años, me relataría un fragmento de su vida:

En el tiempo mío yo era terrible. Atracaba a cualquier persona que viniera con su quincena (medio sueldo mensual), robaba camiones de viernes a sábado que trajeran \$ 300 000, \$ 400 000. En ese tiempo sí valía la pena robar. (Comunicación personal, 2015)

El reciclaje es otra estrategia de supervivencia empleada por los habitantes de calle para sostener su costosa adicción. Sobrino gasta en promedio \$ 60 000 en patra diariamente; al mes la cifra ronda cerca de \$ 1 800 000 (600 USD de 2017), casi tres veces el valor del salario mínimo legal en Colombia para el 2017. Para Jeison ese lobo es inofensivo: “El man es de aquí y no se mete con nadie” (Comunicación personal, 2015), dice para diferenciarlo de consumidores que atentan contra otras personas. Sin embargo, esto no es del todo cierto, tal y como lo he mencionado anteriormente. La degradación humana, en conjunto con la urbana, indica la manera en que las estrategias de supervivencia de los habitantes de calle se movilizan a la par que sus adicciones, lo cual promueve su depredación corporal y socioespacial.

Los lobos deambulan hasta la madrugada comprando y fumando bazuco —en sus pipas—, debajo de puentes o canales rodeados de basura. Los he visto durmiendo bajo el sol inclemente del mediodía o debajo de los puentes que conforman los sucios canales del barrio. Funden el plástico de los equipos electrónicos para extraer el cobre de su interior; y recolectan cartón, papel o artículos de plástico para venderlos a las empresas recicladoras, además de los contadores de energía, agua o gas (también robados), para ser desmantelados o vendidos en el mercado negro. Esta economía de subsistencia, aunque parezca precaria, moviliza ganancias incalculables que soportan el consumo crónico de personas como Sobrino; además, amplía el mercado interno de drogas y derivados, y produce a su vez tensiones entre la población, los consumidores, la policía, las pandillas y las organizaciones paraestatales de exterminio, las cuales, bajo el argumento del riesgo que representan sus actividades, sus características psicológicas y el estigma que tienen, se organizan para gestionar o dar fin a sus vidas.

Personalmente, acceder al mercado ilícito de drogas no me fue difícil en el sector. Con menos de un dólar cualquier persona puede comprar un gramo de cocaína de mediana calidad, y con poco más de un dólar se puede acceder a una cocaína con calidad de exportación. Existen dos presentaciones: piedra o polvo. Se consigue con facilidad por intermedio de jóvenes de entre 12 y 20 años que, al no tener un punto de

venta fijo, cargan con pequeñas cantidades que esconden alrededor de las esquinas donde suelen pasar la noche con sus amigos.

Las piedras pueden conseguirse en las seis casas que Jeison, y luego Martín, me confirmaron que existen en las pocas calles que conforman el sector. Durante el día, vehículos de gama media y alta se detienen con frecuencia en esos puntos; la comunidad conoce de la existencia de tales negocios, y convive con el consumo y el microtráfico, aunque esto no significa que lo aprueben. De tal manera, podemos observar la dimensión global del entramado de relaciones y acciones conflictivas que produce la expansión del mercado ilícito de drogas, tanto en los cuerpos como en el espacio urbano, dentro y fuera del barrio; se trata de dinámicas de consumo paralelas y los peores efectos de su uso y economía articulan un entramado de conflictos, formas de violencia que contribuyen a reforzar la cultura del terror.

Figura 3. *Miembro de La Cívica y su arma de dotación*



Fuente: elaboración propia

3.1. Duermen de día, roban de noche

Sobrino siguió su camino rumbo a la huaca. Jeison quería mostrarme de cerca ese mismo lugar, de modo que caminamos en esa dirección, pero antes tuvimos que detenernos para cruzar un pequeño puente que nos llevaría al otro lado del canal. Los árboles cubrían la iluminación de la calle, a esa distancia no nos podían ver y Jeison ya no se atrevía a avanzar. Desde ahí señaló exactamente el lugar donde vivían los más peligrosos bandidos de ese sector.

Jeison: Esto aquí es un punto crítico. William; es el punto que contacta con la calle que estábamos viendo desde abajo (cerca al puente). Ahora la estamos viendo desde acá.

William: ¿Esta es la calle que vimos desde el otro lado?

Walter: Sí, esta es la calle.

William: No logro verla bien.

Walter: —señalando—, ahí se ve la casa al lado de una Virgen (escultura de la Virgen María), al final del canal. Es justo ahí donde está el carro enfrente de los pelaos que fuman.

William: Sí, sí, ahora veo. Ellos están bien adentro.

Walter: Estos son puntos que no se ven fácilmente. Allá están —señala el lugar—; en cualquier momento viene una persona caminando y ellos se le pegan por atrás y lo roban. Por ejemplo, tú vienes caminando tranquilo cuando sientes es el “quieto” o “ven acá, hey, quieto, quédate ahí, no te muevas porque te pego un tiro”. (Comunicación personal, 2015)

Antes de que La Cívica existiera, esos robos ocurrían todos los días. Salir de noche era un peligro. En caso de alguna emergencia domestica que obligara a las personas a salir de sus casas, la probabilidad de ser asaltado era alta. Walter describe el *modus operandi* de los bandidos en una sola frase: “Duermen de día, roban de noche” (Comunicación personal, 2015). La mayoría de ellos son usuarios y microtraficantes de drogas que consumen alcohol, pastillas, cocaína o patra.

La mezcla de drogas de este tipo los altera de tal forma que pierden el miedo, incluso la sensación de dolor. Salir a robar de noche se convierte en una actividad de ocio y poco importa cuánto daño o sufrimiento se causa en la comunidad. Olaya-Rafael Núñez llegó a ser tan peligroso para los habitantes de ciertas calles que La Cívica creó un servicio especializado de acompañamiento nocturno personalizado en casos de emergencia doméstica. Jeison lo explica a continuación:

William: —hablando en voz baja— vamos un poco más cerca para ver mejor la casa.

Jeison: ¡No! Esa parte de allá es negativa en la noche. Solamente nosotros que sabemos qué situación se puede presentar es que tenemos cuidado de no acercarnos, pero una persona así del común que por ejemplo camine para su casa, alguien que quiere salir por un dolor, imagino que le tocaría pedir nuestro servicio, llamarnos por teléfono, irlos a recoger. Pero es muy peligroso que una persona salga sola... Aquí antes, cuando las personas salían o estaban enfermas, para ir a coger un taxi, además de estar adoloridos por la enfermedad, los bandidos cogían y los atracaban.

William: ¡Increíble!

Jeison: ¿Ya me entiende? Entonces ya estábamos viviendo... Estábamos viviendo muy mal en Rafael Núñez.

Walter: Nosotros le damos hasta el número de celular a los vecinos. Uno los lleva de su casa a la avenida principal o se le trae un taxi.

William: Bien hecho.

Walter: Que si la vaina, que si la *lea* (chica) está preñada, uno la venía a buscar para sacarla de aquí escoltada. (Comunicación personal, 2015)

Justamente el lugar donde estábamos se había convertido en la zona más peligrosa de Rafael Núñez, no era precipitado describirlo como una zona de guerra porque así lo creían sus habitantes. Curiosamente, también es la zona más pobre y degradada materialmente. Es ahí donde con mayor frecuencia hay enfrentamientos entre pandillas: homicidios, robos, violaciones o agresiones interpersonales. Y no solo en Rafael Núñez se presentan este tipo de actos criminales, a lo largo y ancho de La Virgen esto es una constante en la vida cotidiana de su población.

Figura 4. *El autor en una jornada de vigilancia en el barrio*



Fuente: elaboración propia

4. Reflexiones finales

Este estudio ha puesto en evidencia cómo las periferias de Cartagena de Indias se configuran como espacios donde la ausencia del Estado y las desigualdades estructurales generan dinámicas complejas de inseguridad y resistencia. La organización comunitaria La Cívica emerge como un actor clave en la gestión de estas problemáticas, al intentar suplir las carencias institucionales mediante estrategias de control local que oscilan entre la vigilancia y el uso de la violencia. Sin embargo, estas iniciativas enfrentan limitaciones significativas, como la precariedad de recursos, los riesgos de legitimación del terror y la fragilidad frente a las economías ilegales que dominan el territorio.

Las microgeopolíticas del terror, descritas en este artículo, reflejan no solo las tensiones entre la criminalidad y los esfuerzos de resistencia comunitaria, sino también las profundas raíces estructurales de la marginalización. En este sentido, es imperativo abordar estas problemáticas mediante políticas públicas que reconozcan las necesidades locales y fortalezcan la presencia estatal en estas zonas. Asimismo, resulta crucial revalorar la capacidad de las comunidades para generar resiliencia, sin relegar la responsabilidad gubernamental en garantizar derechos básicos como la seguridad y la justicia.

Este trabajo también subraya la relevancia de la etnografía urbana como método y contribución académica para el análisis de estas dinámicas, especialmente en contextos como la región caribeña en Colombia. La etnografía permite capturar la complejidad de las relaciones sociales, las percepciones y las experiencias vividas en territorios marginados, ofreciendo una perspectiva situada y profundamente enriquecedora para el estudio de las geografías del terror y la resistencia.

Desde un enfoque teórico y empírico, este artículo contribuye al entendimiento de la dinámica del consumo de drogas, la violencia urbana y la marginalidad en las periferias urbanas. Teóricamente, articula conceptos clave como microgeopolíticas del terror y economías ilegales, mientras que empíricamente, ofrece un análisis detallado de las experiencias cotidianas y las estrategias de resistencia en comunidades afectadas por estas problemáticas. Este enfoque integrado proporciona una visión comprensiva y crítica que amplía la discusión académica sobre las desigualdades y violencias que caracterizan los contextos urbanos marginales.

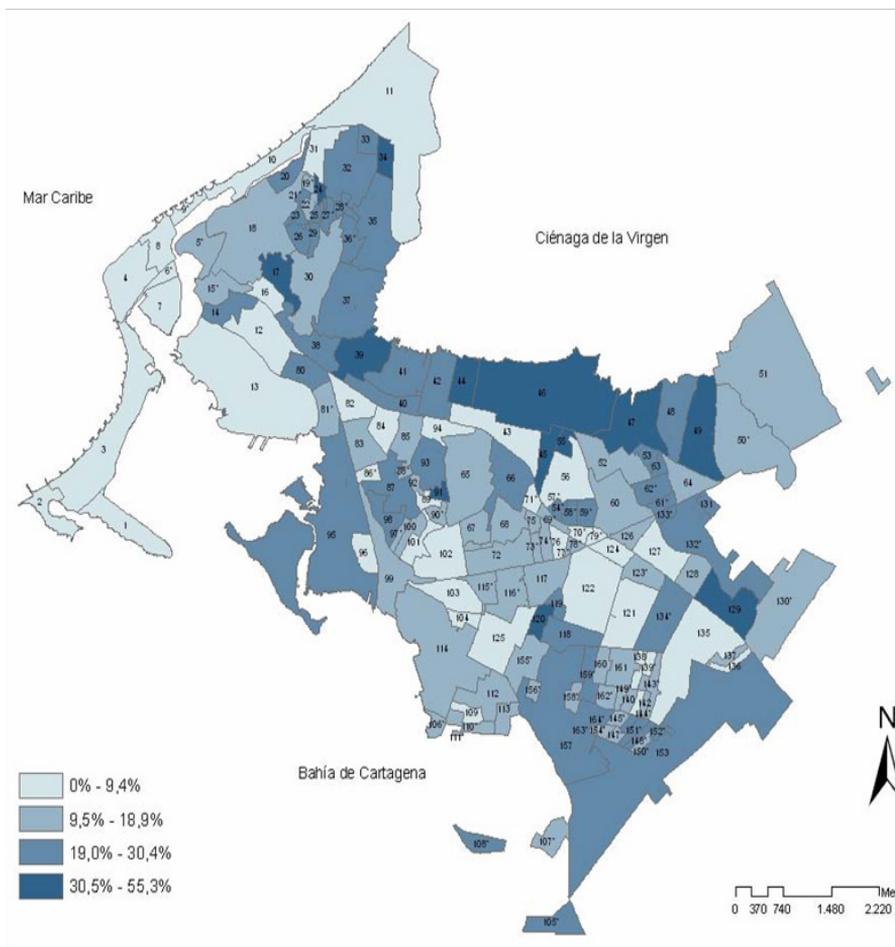
La Haya, agosto de 2023.

Referencias

- Auyero, J. (2007). *Routine Politics and Violence in Argentina. The Gray Zone of State Power*. Cambridge University Press.
- Auyero, J. (2013). *Pacientes del Estado*. EUDEBA.
- Caldeira, T. (2009). *Ciudad de muros*. Gedisa.
- Deavila Pertuz, O. (2008). Construyendo sospechas: imaginarios del miedo, segregación urbana y exclusión social en Cartagena 1956-1971. *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, (7). https://revistas.uniatlantico.edu.co/index.php/cuadernos_literatura/article/view/477
- Deavila Pertuz, O. (2015). Los desterrados del paraíso: turismo, desarrollo y patrimonialización en Cartagena a mediados del siglo XX. En A. Abello Vives y F. J. Flórez Bolívar (eds.), *Los desterrados del paraíso: Raza, pobreza y cultura en Cartagena de Indias* (pp. 123-146). Maremagnum.
- Emmerich, N. (2015). *Geopolítica del Narcotráfico en América Latina*. Instituto de Administración Pública del Estado de México.
- Labrousse, A. (2011). *Geopolítica de las drogas*. Trilce.
- Mbembe, A. (2011). *Necropolítica*. Editorial Melusina.
- Oviedo, J. D. (3 de febrero de 2022). *Cartagena en cifras: Pobreza y mercado laboral*. DANE. <https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/planes-departamentos-ciudades/030222-Pobreza-y-MLaboral-Cartagena.pdf>
- Pérez, G, J. y Salazar, I. (2008). La pobreza en Cartagena: un análisis por barrios. *Revista de Banco de la República*, 82(967). <https://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/banrep/article/view/9355>
- Taussig, M. (2012). *Chamanismo, colonialismo y el hombre salvaje. Un estudio sobre el terror y la curación*. Editorial Universidad del Cauca.
- Valenzuela, J. M. (2018). *Trazos de sangre y fuego: bionecropolítica y juvenicidio en América Latina*. Centro Maria Sibylla Merian de Estudios Latinoamericanos Avanzados en Humanidades y Ciencias Sociales (CALAS).

Anexos

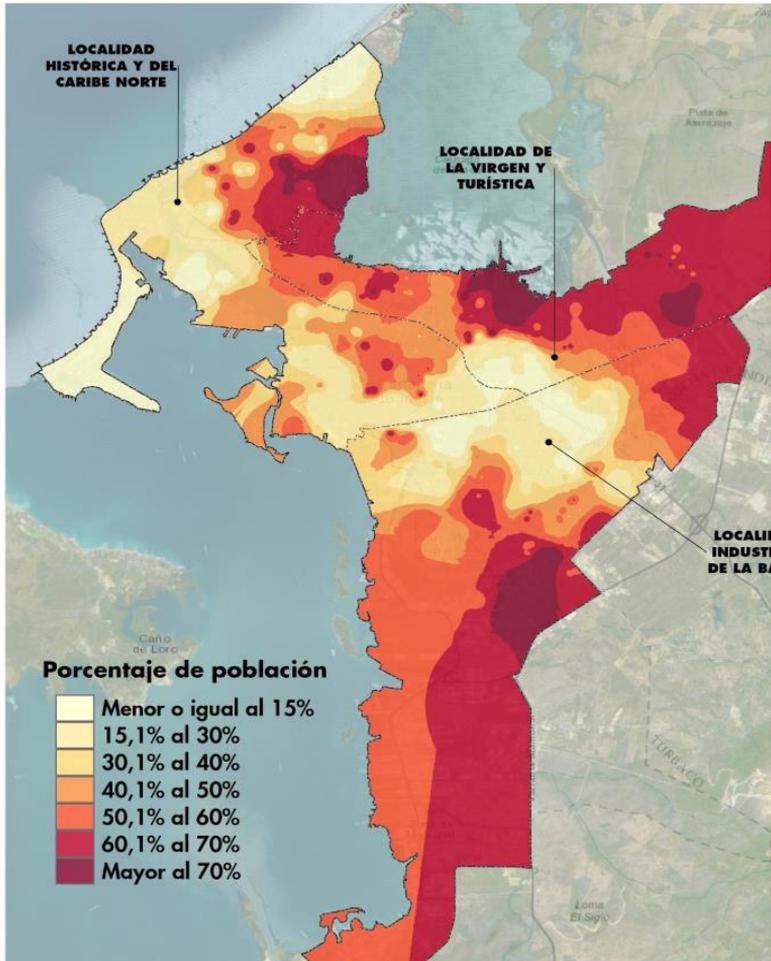
Anexo A. Distribución étnica



Fuente: Tomado de Pérez y Salazar (2008, p. 47)

Anexo B. Porcentaje de pobreza

**Distribución espacial (concentración)
Población en condición de pobreza según ingresos
Cabecera municipal de Cartagena**



Fuente: Tomado de DANE (2022, p. 31)

Anexo C. Avenida perimetral



Fuente: Cosed